

# C U E FOR S A X O P H O N E III

Angel Gómez Aparicio

La edición de *Beauty Is A Rare Thing* de Ornette Coleman no ha podido ser más oportuna: por un lado señala la incorporación material y no sólo crítica del saxofonista tejano al canon jazzístico, apartándolo de ese cajón de sastre siempre observado con reticencia que es el jazz moderno. Y por otro, el de un cambio de orientación

en el proceso de revisión de la tradición moderna del jazz en un momento en el que el free de los 60 y 70 vuelve a ser reivindicado por sectores no siempre jazzísticos. Sin embargo, y a pesar de

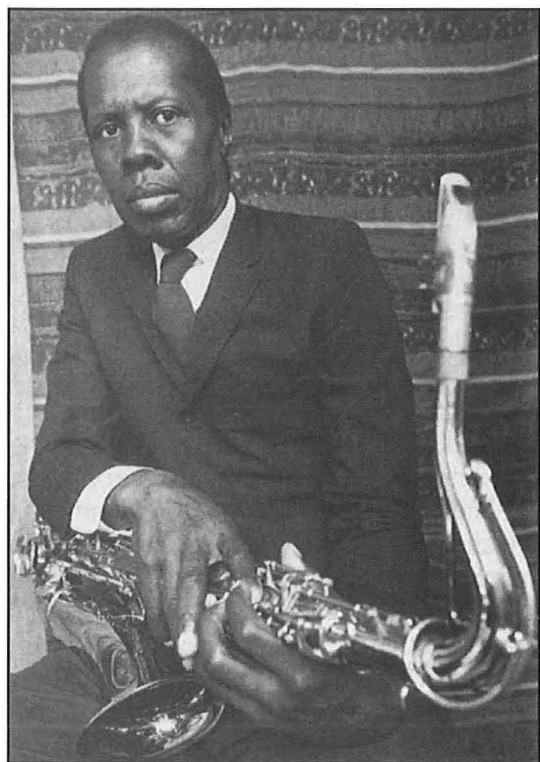
## charles gayle

### Descenso al Maelstrom

que su, llamémosle, restauración se ha hecho con la parte incuestionable de su obra –su período Atlantic– quedan muchos cabos sueltos, así: ¿cuál es el lugar de obras semi-

nales e infravaloradas como *Skies Of America*, *Science Fiction* o *Body Meta*? Ahora, tras un período dominado por el revisionismo-académico-institucionalizante de Wynton Marsalis y su contextualizador histórico, Stanley Crouch, es hora de preguntarse por el legado del free y, en particular, por Albert Ayler, un músico más nombrado que escuchado. ¿Para cuándo su aceptación dentro del canon jazzístico? ¿Para cuándo una reevaluación de su música fuera del tópico del músico santón y mártir?

Si antes y junto al revisionismo bop ya citado han tenido lugar otras revisiones de músicos como Herbie Nichols o Eric Dolphy, las huellas de Ayler han encontrado camino en el primer David Murray y, actualmente, en músicos como David S. Ware o Charles Gayle, el último mohicano y, como Ayler, otro apóstol de la desposesión. Es fácil sentimentalizar este último aspecto siendo Gayle un *homeless* y músico de boca de metro, pero sólo hemos de remitirnos a la sobrecogedora historia que movió a Bobby Bradford a escribir su hermosa y a la vez lacerante suite *Death Of A Sideman*: el cuerpo de un músico free muerto en absoluta pobreza y no requerido por nadie en una morgue de Los Angeles. ¿El último acto del sueño de



autoexpresión y libertad del free? ¿Quién recuerda hoy a músicos como Charles Tyler, Milford Graves, Frank Wright o Bobby Naughton?

Escuchar a Charles Gayle es, permítaseme la cita literaria, estar a merced de una corriente salvaje. La suya es una música totalmente desprotegida en la que se ha hecho tábula rasa con la armonía, el ritmo y el contra-

punto, un grito crudo y desollado como el buey de Rembrandt. Una música monolítica y primitiva que resulta inútil juzgar según los parámetros habituales. Gayle parece estar hablando en lenguas, como Ayler, poseído por un espíritu que le hace tocar sin parar hasta hacer de la vibración continua la única razón de su existencia. Como Ayler, una vez más, Gayle es un músico de pocas pretensiones intelectuales más allá de su rito personal del tocar, de hacer sonar su interior. Gayle aparece en las entrevistas como un hombre natural, no dominado por ideas, un vagabundo whitmaniano que canta a la belleza de la vida (en su caso las montañas, las gentes...) desde un profundo aliento religioso en busca del *Joy/Selflessness* que Coltrane perseguía. Para Gayle tocar es expresar su testimonio de fe (*Down Beat*, enero 1993). La desmesura de su música no es monstruosa o deforme. Su exceso es un lenguaje al que uno ha de acostumbrarse, empaparse en su flujo, no una manifestación de ira o brutalidad sino de liberación beatífica (*Deliverance* se llama uno de sus temas) por medio de lo extremo, de lo que está al borde, una saturación que empuja al más allá. Todo hace volver a su punto de partida: el ambiente enfervorizado de las celebraciones religiosas en las que los fieles, reganados por una liviandad del cuerpo y una ofuscación de los sentidos, pierden su ser por medio del canto. Esa misma alienación beatífica que traslada más allá de la conciencia, a un estado de incorporeidad es la que Gayle parece buscar por medio de la hiperactividad, para sí, sus músicos, como, también, para quién los escucha.

Y si éste es el espíritu que espolea a Gayle, la fisicidad de su toque –un bramido continuado, aforme, distorsionado– hace su música irreductible y tercamente terrenal, humana. Una música humilde y primitiva como el grito primigenio que la aleja de toda aspiración visionaria. Sus tríos y cuartetos batallan contra el pulso jazzístico en un maremagnum cacofónico con el efecto acumulativo y obnubilante de un raga hindú, siempre abierto a una resolución que nunca llega. En los cincuenta minutos de *Jesus Christ And Scripture* o *Touchin'on Trane*, sus bajistas, generalmente al arco o en poderosos glissandos, crean un zumbido imparable mientras sus baterías, en vez de crear figuras rítmicas, ofrecen pulsaciones rotas y aleatorias en un conjunto enfervorizado y magmático que lo hace totalmente insufrible –no apto para cínicos– o absolutamente adictivo. No hay nada visionario en todo ello, nada pretencioso, sólo el sueño de autoexpresión y rito comunal del free de otras horas. Verticalidad, superposición, flujo, transitoriedad.

En una entrevista concedida a *The Wire* (marzo de 1994) Gayle afirmaba: “lo que escucho es el tráfico... vivamente en mi cabeza. Los cláxones, los niños, los pájaros... los oigo tan claramente que reacciono ante ello.” Esto trae a la mente a Roland Kirk cuando se paraba a escuchar los sobretonos producidos por el paso de un autobús o por el tono del teléfono. Lo mismo hacía Dolphy con los pájaros de su patio. Esta experiencia abría el sonido a una especulación armónica cuando Dolphy decía: “Oigo sonidos que después no sé encontrar en mi saxo”. Sin embargo la música de Gayle no es especulativa sino de una materialidad tosca y aterradora, se diría que de un peso casi moral, de un apocaliptismo propio del fin del segundo milenio (¿Recuerdan el *Truth Is Marching In*, de Ayler?).

Gayle no hace una música fácil, quizá no sea música en sí, sino una religión, una moral del sonido. Su música conjura las pasiones de un hombre, como la música de Ayler, como *Ascension* o *Interstellar Space* de Coltrane, obras que se encuentran entre la música tal y como la entendemos y el lenguaje secreto, personal e intransferible de sus creadores. Su música incandescente parece surgida de la religión de hierro del Antiguo Testamento, pero Gayle no es un profeta iracundo sino un músico fieramente humano. Su música escapa a las esferas y escucharla es como descender al Maelstrom. ■

## DISCOGRAFIA REFERENCIAL

*Always Born* (Silkheart)  
*Homeless* (Silkheart)  
*Spirits Before* (Silkheart)  
*Repent* (Knitting Factory)  
*More Live At The Knitting Factory* (Knitting Factory)  
*Touchin'On Trane* (FMP)  
*Consecration* (Black Saint)  
*Charles Gayle Trio Live At Disobey* (Blast First)

## CONSERVAS SUPERSONICAS

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO  
DEL SELLO

### KNITTING FACTORY

JOHN ZORN - JAZZ PASSENGERS -  
 SAMM BENNETT - TOM CORA -  
 DEFUNKT - ANTHONY COLEMAN -  
 THOMAS CHAPIN - DAVID TRONZO -  
 WILLIAM HOOKER - BLUE DOG -  
 SPANISH FLY - CHARLES GAYLE -  
 JIM NOLET...

#### Y ADEMÁS

JIMMY WENSTEIN  
 MICHELLE MCCAIN  
 BIG BAND ESPAI AVINYÓ  
 GRINGOS

#### VENTA POR CORREO

SOLICITA CATALOGO A  
 C/ PIZARRO, 8 - 4º-2ª  
 08003 BARCELONA  
 TEL.: (93) 315 23 21  
 FAX: (93) 310 59 71

#### DISTRIBUCION A TIENDAS

DISCMEDI S.A.  
 ARGENTONA. 3-5  
 08024 BARCELONA  
 FAX: (93) 219 85 10